

der la marcha de la division francesa y á detenerla en la frontera, pronta ya como estaba para invadir la Beira. «La razon de invadir el Portugal, le escri-
 »bí yo, habia cesado enteramente: las tropas de la
 »Francia venian como auxiliares de la España para
 »hacer la guerra al Portugal, y esta guerra estaba
 »acabada y se acabó cuando el objeto de ella fué
 »cumplido, sin que el Portugal se obstinase en
 »mantener su empeño en favor de la Inglaterra: los
 »príncipes de Portugal son los hijos del rey, y han
 »obtenido su clemencia.» Si el general St.-Cyr per-
 dió toda esperanza de torcer nuestra política y rea-
 lizar su encargo, lo dirá esta carta suya al general
 Berthier, ministro de la guerra; su tenor textual
 es el siguiente:

«Ciudad Rodrigo, 11 de messidor año 9 de la
 »república (30 de junio de 1801).

»Ciudadano ministro: he recibido la carta don-
 »de me anunciais que el gobierno no habia ratificado
 »el tratado de paz celebrado con Portugal. Por las
 »instrucciones que me enviais debo colegir, que al
 »escribirme ignorabais aun que el rey de España se
 »habia dado una gran prisa en ratificar por su par-
 »te, *lo cual nos pone en un grande embarazo, persua-*
 »*dido como estoy de que será muy difícil, é imposible*
 »*tal vez, el acerle volver atrás de este paso.* El pri-
 »mer cónsul verá con evidencia que las personas de
 »quien está rodeado el rey de España, le dan conse-
 »jos perniciosos, y que de ellas las mas están vendi-

» das á la Inglaterra. En consecuencia de esto aguar-
» do las nuevas instrucciones que requieren las cir-
» cunstancias en que nos hallamos. *Creed que el go-*
» *bierno español podrá dejarse ir en este asunto hasta*
» *las medidas mas extremadas.* Salud y respeto.—
» Gouvion St.-Cyr. »

Sin moverse mas la division francesa de la raya de Portugal, el general St.-Cyr prosiguió sus oficios eficaces para hacer torcer camino al rey, pero siempre inútilmente. La irritacion de Bonaparte llegó á lo sumo aquellos dias; al ministro portugués que partió para Francia con poderes amplios para negociar directamente con aquel gobierno, le negó hasta la entrada y le obligó á volverse. El general St.-Cyr renovó sus esfuerzos y presentó una nota cuyo contenido, hasta cierto punto moderado, pero enérgico y obstinado, decia sustancialmente: que si bien la España podia hallarse satisfecha por el gobierno portugués, la Francia por su parte no habia castigado la multitud de agravios y de ofensas que aquel pueblo le habia hecho con bajeza y con perfidia; que la Francia no podia fiar en tratados consentidos por solo la fuerza de las armas, y que hechos de este modo romperia aquel gobierno tan pronto como se lo ordenase la Inglaterra; que adoptándose aquel tratado, y quedando el príncipe don Juan en posesion pacífica de sus estados, faltaría á la Francia y á la España uno de los medios mas seguros con que se podia obligar á la paz al gobierno británico; que la

ocupacion de una parte del Portugal: y aun mejor si se hiciera del reino todo entero, pondria en manos de la Francia y de la España prendas equivalentes á las adquisiciones que habia hecho la nacion inglesa en el discurso de la guerra, incluida en ellas la isla de la Trinidad arrancada á la España, cuya restitucion debia pedirse; que si España, á pesar de su interés en adoptar esta política, preferia mantener el tratado que habia hecho, no por eso deberia impedir que la Francia persistiese en su derecho de hacer la guerra en Portugal, y que España podria quedar neutral en tales circunstancias; que la cláusula de garantía que S. M. católica habia puesto en su tratado á favor de los dominios portugueses, no se podia entender comprensiva de aquel caso en que la Francia tenia adquirido de antemano su derecho, no tan solo de hacer la guerra al Portugal, sino de proseguirla hasta lograr su objeto plenamente; que á esta razon poderosísima se añadia la circunstancia de que la intencion del gobierno francés no era conquistar y guardar las conquistas que se hiciesen en aquel reino, sino ocuparle solamente de por tiempo hasta la paz marítima, contrariar á la Inglaterra, minorar su comercio, y quitarle por aquel medio todo influjo ulterior sobre el gabinete de Lisboa; *que seria mucho de dolerse que por favorecer á un enemigo, (pues que disimulado ó manifiesto, el Portugal lo seria siempre de la España) se aflojasen ó se rompiesen los lazos de amistad y concordia*

que tan dichosamente reinaban entre España y Francia; que el gobierno francés faltaria á su deber con respecto á la Francia, si á un enemigo declarado de esta, vendido siempre á los ingleses, é incapaz de mantener su palabra por la absoluta dependencia en que se hallaba de ellos por espacio de un siglo, le dejase todavía por mas tiempo los medios de dañarla; que ni en Francia ni en España era una cosa nueva trabajar de acuerdo por romper la alianza del Portugal y la Inglaterra, concebida desde un principio en odio y en perjuicio de las dos naciones (1); que en consecuencia de lo expuesto, contando el gobierno de la Francia con la misma armonía y consecuencia de sentimientos é intereses que sobre este punto habian unido la política de los dos gabinetes de Madrid y Versalles hacia ya medio siglo (2), y contando igualmente con el paso inocente que S. M. católica le tenia concedido y era de justicia, se proponian los cónsules doblar las fuerzas del ejército de observacion de la Gironda y ocupar el Portugal mi-

(1) Es bien sabido que el tratado de alianza que unió para siempre las cortes de Lisboa y de Londres, fué celebrado durante la guerra de sucesion en 1703, y que este fué un medio que adoptó el Portugal para fortalecerse, temiendo la preponderancia de la España si llegaba á reinar en ella la descendencia de Luis XIV.

(2) La nota francesa se extendia en este lugar con profusion á recordar los antecedentes de la union de España y Francia contra el Portugal en 1762, y de la guerra que le fué hecha por las dos cortes aliadas.

litarmente hasta las paces generales, ya en union, ó ya sin ella con las armas españolas, lo que asi verificado, y obtenidas por este medio las restituciones justas que la Francia juntamente con la España y con la Holanda debia pedir á los Ingleses, no tan solamente no seria tocado en modo alguno á la corona portuguesa, sino que la Francia misma ofreceria á aquel reino su alianza y se uniria al rey católico para garantir á la reina fidelísima y al príncipe regente sus estados, procurándole ademas toda suerte de concesiones y favores en sus relaciones comerciales; que esta triple alianza, junta con la de Holanda y con las varias accesiones que la Francia debia esperar de otras muchas potencias, seria un gage seguro de la paz y de la libertad marítima; que la España en todo esto, atendida la extension inmensa de sus dominios de Ultramar, seria la mas aventajada, y que en pos ó al igual de ella lo seria tambien el Portugal, á quien el vigor de un momento le volveria su independendia, y con ella la libertad de su industria y su comercio.

Muchos hallarán razonables los argumentos de esta nota; pero venian de un hombre que no sabia jurar por las aguas del Estigio. La respuesta la minuté yo mismo en Mérida y fué dada sin tardanza; comedia, mas enérgica cual pedia aquel empeño. Decíase en ella lo primero de todo, que la paz ajustada era un acto solemne en que la palabra real de S. M. católica se hallaba contraida, no por error ni

por sorpresa ó arrebató sino detenidamente y en perfecto acuerdo con el plenipotenciario de la Francia, del cual, tanto menos se podía pensar que hubiese traspasado sus instrucciones y poderes en tratar conjuntamente con la España, cuando era mas patente que aquel acto se ajustaba enteramente al objeto y condiciones que se habian convenido entre las dos potencias aliadas; que el concierto de Madrid fué obligar al Portugal por la persuasión ó por las armas á cerrar sus puertos á Inglaterra y renunciar á su alianza, entendida la guerra de esta suerte, *que si el Portugal se obstinaba en resistir esta demanda*, se ocuparían sus puertos y una parte de sus provincias por las armas francesas y españolas hasta la paz marítima; que si bien el Portugal se habia negado en un principio á la adopción de las propuestas amistosas que le fueron hechas y apeló á las armas un instante; al primer amago que hizo España, y á los primeros descalabros que sufrió su ejército, cedió á las justas pretensiones de la España y de la Francia, no debiendo llamarse ni entenderse ser *obstinacion* las demostraciones belicosas de que habia desistido en tiempo conveniente, puesto que las tropas auxiliares de la Francia aun se hallaban en camino, y que comenzada apenas á realizarse la amenaza, el Portugal habia cedido enteramente; que habiendo obrado así, el carácter de aquel negocio era ya tal, como si el Portugal hubiese consentido desde los principios á las proposiciones de los dos gabinetes

aliados; que en materia de ofensas hechas á la Francia, ésta se habia mostrado generosa y pronta á perdonarlas y á no usar del recurso de las armas, con la sola condicion que el gabinete portugués renunciase á su union con la Inglaterra y la excluyese de sus puertos, lo que estaba ya logrado; que no era de pensar que el Portugal faltase á sus promesas despues de los peligros que juzgó distantes y habia visto tan de cerca; que su antigua amistad con la Inglaterra no era tal que estuviese dispuesto á sacrificar su honor al poderío británico, siendo visto que en medio de los riesgos con que se habia hallado amenazado de parte de la España y de la Francia, prefirió arros-trarlos por sí solo, á poner sus ejércitos bajo el man-do de la Inglaterra y á admitir socorros suyos con esta condicion indecorosa; que el ocupar el Portugal, por un motivo solo de política, para tener equiva-lencias con que obligar á la Inglaterra á hacer res-tituciones, aun sin detenerse á ver si esto era justo, seria un medio harto ilusorio, si á su vez la Inglaterra para hacer correr el fiel de la balanza en favor suyo, se apoderase del Brasil ó de las islas portu-guesas, como ya empezaba á verse en la invasion que acababa de hacer de la isla de la Madera (1); que

(1) Los Ingleses la habian ocupado de resultas y por desquite de nuestra invasion del Portugal. Los papeles ingleses dejaban ver que á medida de los progresos que harian en Portugal las armas combinadas, el ministerio ingles

S. M. católica, ajustada ya, ratificada y hecha pública la paz de Badajoz, sufriría mucha mengua en su decoro y dignidad, ya rompiendo el tratado sin ningún motivo justo, ya mirando con indiferencia que acabado de garantir sus dominios á la corona portuguesa, fuesen invadidos por la Francia misma, por su propia aliada, con quien habia contado y puéstose de acuerdo para hacer aquellas paces; *que al gobierno frances lo estimaba el rey de España tan distante de pretender degradar su honor y su palabra en presencia de la Europa, como S. M. Católica lo estaba de querer que se aflojasen ó rompiesen los estrechos vínculos de amistad que reinaban entre España y Francia*; que aunque la intencion del gobierno francés no fuese otra que la de retener una porcion del Portugal hasta la paz marítima y luchar con la Inglaterra, se debia echar de ver que el gobierno británico, ansioso siempre de convertir la Península en teatro de la guerra, podia intentar acometer el Portugal con grandes fuerzas para luchar del mismo modo con la Francia y empeñar nuevas empresas contra ella en esta parte del continente, donde la extension de sus costas le ofreceria ventajas grandes para evitar reveses y combatir con poco riesgo; que estos nuevos empeños alejarían la paz tan deseada; que otro tanto como S. M. católica sabia atender á la guerra justísima que en union con la Francia mantenía en los mares contra la Inglaterra, otro tanto estaba lejos de querer aventurar

luchas y pretensiones estremadas que complicasen nuevamente los negocios de la Europa; que la ocupacion del Portugal por las tropas francesas y el abandono del tratado, daria muy mala idea en Inglaterra de la buena fé de la Francia y de la España, y podría hacer cambiar la opinion de aquel pueblo tan pronunciado por las paces (1); que la paz marítima, tan deseada, no podría conquistarse sin cargar enteramente á la Inglaterra todo el odio de la guerra; que la cuestion del Portugal no merecia la pena de que la Francia hiciese pender de ella la amistad tan radicada que unia á las dos naciones; que en mantener lo hecho iba el honor de la corona, mientras la Francia en respetarlo, sin perder cosa alguna, probaria á todo el mundo, lo primero

haria tomar en rehenes las mejores posesiones portuguesas de Ultramar.

(1) Nadie ignoró hasta qué punto se hallaba el pueblo inglés, en aquella época, ansioso de las paces. Sabida fué la demostracion de alegría y de entusiasmo que ofreció la poblacion de Londres cuando, llegado allí el general Lauriston en 12 de octubre inmediato con los preliminares de la paz ratificados por el gobierno francés, desenganchó la muchedumbre los caballos de su coche y le condujo á brazo hasta la casa del primer secretario de estado lord Hawkesbury. La ocupacion del Portugal por los franceses, y las pérdidas inmensas que de resultas de ella habrian tenido una multitud de casas unidas por intereses con Portugal, habrian podido ser bastante para alterar los deseos generales de la paz á que se prestaba el ministerio nuevo.

su moderacion en evitar la guerra cuando no es justa y necesaria; lo segundo, que su alianza no era mando; y que en fin S. M. católica, sobre todas estas razones, tenia ansia de aliviar sus vasallos del peso de la guerra y de evitarles las molestias que las tropas extranjeras, por mas bien disciplinadas y mas amigas que estas fuesen, causaban siempre á las familias y á los pueblos con sus pasadas y sus tránsitos; que las malas cosechas de dos años consecutivos, los consumos y dispendios que la guerra habia causado, y la penuria del comercio, cada vez mas alcanzado por la obstruccion de los caudales de la América, dificultaban mucho los recursos para la subsistencia de las tropas, y le hacian desear al rey de España y proponer resueltamente á la república francesa, su buena amiga y aliada, que desistiese ya de sus enojos contra el Portugal, justos en verdad, pero gravosos á la España, bajo todo sentido, prolongados que fuesen por mas tiempo, perjudiciales á la paz comenzada á tratarse con la nacion británica, y lo que era mas, incompatibles ya con el estado de las cosas, tal como en Badajoz se habia zanjado con franqueza y con lealtad por las dos potencias aliadas.

Si esta respuesta fué atendida y respetada, y si el decoro de mi rey, á quien estaba yo sirviendo con poderes amplios y absolutos para aquel negocio, fué mantenido y bien guardado, díganlo los resultados que se vieron. Nadie ignora que el ejército francés

que debía invadir la Alta Beira, no puso pies en ella, ni se movió de sus cuarteles, ni se quemó un cebo tan siquiera contra los portugueses; que aquel estado de inacción duró cerca de tres meses, tanto tiempo como duraron las contestaciones entre España y Francia, y que en fin Bonaparte, reprimidos y abandonados sus deseos de guerra, autorizó á su hermano nuevamente para tratar las paces. Luciano Bonaparte estipuló las mismas cosas que en Badajoz habia tratado, salvo un artículo secreto que le encargó su hermano para hacer que los pobres portugueses le comprasen su quietud y su descanso (1): fuéronles exigidos cien millones de reales que satisficieron al contado. Bonaparte que se habia propuesto mantener y divertir una parte de sus tropas á costa del Portugal, y aun á la nuestra, no les perdonó las párias: nuestra córte lo ignoró algun tiempo.

A propósito de esta contribucion que exigió y cobró la Francia al príncipe regente, es digna de citarse la impostura que el *Diccionario de la Conversacion* publicó entre otras muchas tan graves como absurdas, afirmando que la paz de Badajoz me

(1) Este tratado fué concluido en Madrid á 29 de setiembre de 1801, entre Cipriano Bibeiro Freire y Luciano Bonaparte. Su contenido literal se hallará entre los documentos justificativos n.º 3.º tal como fué publicado en los papeles oficiales de aquel tiempo españoles y franceses.

valió la mitad de treinta millones que se impusieron al príncipe del Brasil (1). Otra igual especie se permitieron los autores de la *Nueva Biografía de los contemporáneos* (2), en la cual se ha contado que la campaña de Portugal había aumentado mis rentas hasta en cantidad de cien mil pesos. Agradezco á los unos y á los otros que sus mentiras sean tan grandes para que merezcan ocupar el juicio de aquellos que leyeren estos artículos libelos, ofrecidos como historia. Aun viven muchos de aquel tiempo tanto en Portugal como en España. Alce la voz el que pudiese asegurar que me interesé ni en un dracma. Cuenten los de aquel tiempo cual fué la disciplina del ejército que yo mandaba, cual mi galantería y mi desprendimiento aun en aquellas cosas mismas que por el derecho de la guerra se aprovechan en todas partes á beneficio del estado ó del ejército. Aun habrá, pienso yo, quien se acuerde, que los dineros del estado de que había copia en Portalegre, los hice custodiar por el mariscal de campo don Juan de Ordoñez y los volví al ministro don Luis Pinto. Del botin permitido de la guerra aproveché cuanto faltaba para completar ó doblar el vestuario del ejército; y al hospicio de Madrid, donde era director

(1) En el artículo *Alcudia*, sin nombre de autor.

(2) En el artículo *Godoy*, sin nombre de autor, miserable tejido de consejas y calumnias increíbles hasta por el modo de contarse.

don Luis Puerta, envié algunos carros de bayetones y de lienzos. De la parte gloriosa, fueron llevadas á Madrid once banderas portuguesas: para el príncipe de Asturias remití tambien seis barrefosos del calibre de á libra, como objeto curioso que podria agradecerle y divertirle. Aun se me olvidan los dos ramos de naranjas que mandé para la reina, acerca de los cuales se han lanzado tantos epigramas. Estos ramos se cortaron en los fosos de Yelves cuando el 20 de mayo fué encerrado el enemigo dentro de la plaza. Llovía el fuego de los flancos sobre los valientes que hicieron este alarde, y con los ramos trajeron ademas algunos prisioneros. Los nuestros no eran mas de cinco del ligero de Barbastro; siento no acertar á acordarme de sus nombres. Quise yo que el rey supiese la bizarría de sus soldados. Por hazañas de esta especie, en tiempos mas antiguos, se dió á muchos la nobleza; yo los hice sargentos.

En cuanto á premios para mí, los procuré apartar, satisfecho y contento de haber hecho alguna cosa que respondiese de algun modo á las multiplicadas gracias y favores con que desde un principio me ví honrado. Cárlos IV quiso darme el territorio de Olivenza y erigírmelo en ducado: yo rogué á S. M. y conseguí que desistiese de este intento. Admití dos banderas que por su real decreto de 1.º de julio me mandó vincular en mi familia y añadirlas á los blasones de mis armas. Demas de esto tuve un sable que de su propia mano me puso Cárlos IV,

bella alhaja que yo tenia en grande estima y perdí en Aranjuez en el despojo de mis bienes y secuestro que hizo de ellos, á mano poderosa sin mas juicio ni sentencia, el rey Fernando VII (1). Una sola cosa no alcanzó á quitarme el ódio acerbo de aquel príncipe (que Dios haya perdonado), y fué la gloria y el contento que para siempre me ha quedado de haber puesto de mi mano una nueva presa á la riquísima corona, sin mancilla y sin desmedro, cual llegó á sus manos. La plaza de Olivenza con su territorio y pueblos de aquénde del Guadiana fué una preciosa adquisicion que aumentó una llave á la frontera, y aumentó tambien el real tesoro, puesta en ella por aquel lado una barrera poderosa al contrabando.

Terminada así la guerra en dias contados, tan dichosamente para España, sin ningun contratiempo, con tan pocos gastos como trajo, con tan poca sangre derramada, y obtenido ademas el doble triunfo de que hubiese renunciado Bonaparte á sus empeños y designios tan elevados como los tenia en su

(1) Don Pedro Ceballos, que no hallaba fin entonces de imaginar discursos, frases y alabanzas con que encaramarme sobre las estrellas, dirigió la construccion de aquel sáble donde con brillantes engastados se leia el siguiente mote: *Lusitanorum iuclyto debellatori Emmanuelli Godoy*. No omitiré que este mote, del cual no supe nada antes de verle, fué parto del ingenio y de la oficiosa solicitud de aquel hombre que tan malamente me ha tratado.



alma : aun faltaba sacudirnos de sus tropas que estaban bien halladas sin que se acordase Bonaparte de llamarlas. Esto era costumbre: mantenerlas aquí y allí entre amigos y enemigos mientras no necesitaba hacer destrozo y mortandad. Yo estimaba mucho á los valientes que vinieron á ayudarnos, ellos lo merecian por su perfecta disciplina; pero eran extranjeros y servian á Bonaparte mas bien que á la república. Puse pies en pared porque se fuesen: Bonaparte se hacia el tonto en cuanto á pagar los gastos de sus tropas; hallé en esto mi mejor recurso. Alegando nuestros atrasos y penurias, pedí la retirada de la division francesa; fijé despues un plazo en cuanto á surtir los suministros y suplir sus valores por cuenta de la España; espirado este plazo los mandé escasear, y por último mostré semblante de hacerlos suspender del todo. Yo no habria podido nunca hambrear á aquellos bravos: pero aunque le costase mucho á mi delicadeza, mi pátria era primero, y preferí por ella pasar plaza de mezuquino (1).

(1) Entre los documentos que podrán quedar todavía acerca de estas cosas que refiero, citaré solamente para los incrédulos, el informe ó *rapport*, que el ministro de la guerra presentó á los cónsules en 16 de brumario, año 10 de la república francesa (7 de noviembre de 1801). Decia á la letra de esta suerte: « El general Rivaud, comandante de las tropas francesas en España, me expone en

La órden de partir se expidió por último en París á 1.º frimario, año 1.º de la república (21 de noviembre de 1801.) Las tropas emprendieron su camino á principios de diciembre inmediato en pequeñas columnas sucesivas. El agasajo y la abundancia alegraron su retirada; todo les fué servido y prodigado, hasta su entrada en Francia. No se mostró enojado Bonaparte, respetó al monarca augusto de la España y le dió gracias. El soberbio guerrero

»sus pliegos de 3 de este mes, que experimenta las mas
 »grandes dificultades en los agentes del gobierno español
 »en órden á las subsistencias necesarias al ejército. Las
 »distribuciones faltan á la tropa con frecuencia y se nie-
 »ga formalmente á hacerlas bajo el pretexto de que el go-
 »bierno francés no ha satisfecho todavia las provisiones
 »hechas hasta ahora. El mismo gobernador de Salaman-
 »ca (lo era entonces el conde de la Vega de Sella) se au-
 »toriza para negarlas con una respuesta del principe de
 »la Paz, en que este le dice que al gobierno francés es á
 »quien toca proveer los objetos necesarios para el manteni-
 »miento de las tropas puestas á su disposicion. Ademas de
 »esto el general Rivaud hace notar que los cuarteles están
 »faltos de toda especie de fornituras, y que careciendo has-
 »ta de paja los soldados, se hallan peor que si estuvieran
 »en vivaque. Este general pide con instancia que el gobier-
 »no tome las medidas mas prontas para asegurar las sub-
 »sistencias, afirmando que el estado de apuro en que se
 »encuentra es tal, que si se alargase por mas tiempo, com-
 »prometeria la existencia del soldado.— En vista de esta
 »exposicion os ruego, ciudadanos cónsules, que tengais á
 »bien darme á conocer vuestras intenciones sobre las recla-
 »maciones del general Rivaud.»

no habia perdido todavía enteramente la moral y el pudor de la política, ni en España habia hallado *por entonces* quien le hiciese llamada *para abrir los ojos á sus buenos y amados padres haciéndoles felices al mismo tiempo que á la nacion española y á sí mismo*, como se vió mas adelante (1).

(1) Mis lectores me permitirán que terminada ya la historia de este asunto de Portugal, me entienda aquí un momento con el insigne historiador del tratado de Badajoz Mr. Viennet. Procuraré ser breve y pasaré por cima la revista de su artículo, citado mas arriba, donde se encuentran tantas insolencias, y tantos yerros y bobadas como hay frases.

Dice Mr. Viennet que yo favorecí las propuestas de guerra que hizo Bonaparte contra el Portugal, llevando yo el designio de buscar un apoyo extranjero para afianzarme en el poder. Pero dice despues que deseché los planes venidos de la Francia para la gestion de aquella guerra, que lancé el ejército español á la frontera sin aguardar las tropas auxiliares, que conquisté el Alentejo, que tomé á Yelves, que me acampé delante de Abrantes y que en tal estado, pedida que hubo sido una suspension de armas por el príncipe regente, tuve la presuncion de querer reunir el doble título de conquistador y pacificador, sin consultar siquiera al terrible aliado que habia dado yo á la España, y que mi orgullo osó desconocerlo. Pase cuanto á Yelves y cuanto á Abrantes, aunque no llegó el caso de tomar aquella plaza, ni de pasar el Tajo: gracias á Mr. Viennet que me añadió estos títulos de honra, de su buena voluntad; estas son faltas solamente de su ignorancia de la historia que pretendió dar al público. Pase tambien en lo que dice del terrible aliado que habia dado yo á la España, sin reflexionar Mr. Viennet, que el aliado de la España fué la

Antes de acabar este capítulo quiero yo responder alguna cosa á los que despreciaron esta guerra del Portugal por haber durado pocos dias, porque no ofreció grandes batallas, porque costó muy poca

Francia á cuya cabeza , pasados ya dos años de contraida esta alianza , se puso Bonaparte por la fuerza de las bayonetas. Mi objeto es solo preguntarle dónde está su lógica cuando de una parte dice que busqué el apoyo del gefe de la Francia , y de otra afirma , á pocas líneas mas , que deseché sus planes , que obré sin consultarle , y que desconocí el poder del terrible aliado. Mas necio que Mr. Viennet habria yo sido quebrando á Bonaparte sus proyectos y sus planes para encontrar en él mi apoyo.

Dice despues Mr. Viennet que el tratado que yo hice en Badajoz , *ratificado en Lisboa en 6 de junio* , no fué *sancionado* ni por la Francia ni por la Inglaterra. El tratado se ajustó en Badajoz el 6 de junio; mal pudo ser ratificado el mismo dia en Lisboa : estos son solo pecadillos en cuanto á la exactitud del que escribe una historia sin saberla. Hay otra grande falta y un pecado mas imperdonable para un miembro del Instituto de la Francia , cuando dice que no lo *sancionaron* ni la Inglaterra ni la Francia. Los tratados no se *sancionan* sino se ratifican. Despues de esto , mi querido académico , ¿ dónde está el buen sentido? ¿ Bajo qué título ó concepto debia ratificarse por la Inglaterra aquel tratado que era todo en contra de ella? Mr. Viennet me ha llamado en su artículo ignorante : justo es que yo le vuelva este cumplido con la prueba al canto. Y á ley de historiador debiera haber leído tan siquiera aquel tratado , y en su preámbulo habria visto que se ajustaron dos tratados , como referí en su lugar , uno por España , otro por Francia. Vistolo asi , habria reconocido que el tratado español no debia ratificarse por la Francia.

sangre. ¡Ojalá todas las guerras, diria cualquier filósofo, pudieran terminarse como esta! Pero el juez imparcialmente, verá bien cuanto me expuse, por amor solo de mi pátria, en hacerme cargo de ella; cuando se hallaba casi en cuadro nuestro ejército, cuando el erario estaba exhausto como nunca se habia visto; cuando, por decirlo asi, pendia de un

Concluye en fin su artículo, y despues de referir que el gobierno portugués se preparaba á la defensa contra los franceses, dice á la letra lo que sigue: «El primer cónsul »anunciaba al mismo tiempo una reserva de treinta mil »hombres; pero todos estos armamentos fueron inútiles, »porque el enviado portugués Bibeiro-Freire trataba al »mismo tiempo en Madrid con Luciano, que sin esperar »las instrucciones de su hermano (*falso esto enteramente*), ó herido tal vez de la superioridad de Gouvion »Saint-Cyr (*no hubo tal herida ni este general dió motivo para ella*), precipitó el desenlace firmando atropelladamente un tratado, en que sin mencionar el que se hizo »en Badajoz, confirmó sus principales disposiciones (*debió decir, renovó*) y marcó de esta suerte la *supremacia del primer cónsul sobre los dos soberanos de la Peninsula, y sobre el favorito cuyo orgullo se habia atrevido á desconocerle*. Bonaparte ratificó por último el tratado, pero »disgustado de la ligereza de su hermano le retiró de la »embajada, y Gouvion Saint-Cyr quedó solo en Madrid »como procónsul de la Francia.» El lector podra juzgar el talento y la habilidad que muestra aquí Mr. Viennet. Yo llamo solo la atencion de los que leen, sobre su manera de razonar y formar ilaciones, cuando pretende que adoptadas por la Francia las principales condiciones del tratado de Badajoz, fué marcada en esto la supremacia de Bonaparte. Si hubiese sido variándolas y adoptando en su lu-

naípe que los Ingleses no acudieran á sostener sus aliados; cuando el príncipe regente apellidó la tierra para alzarse como tantas veces se habia alzado; cuando su ejército de línea, sin contar las milicias, se acercaba á cuarenta mil soldados; cuando contaba aquel gobierno con los mares, y juntaba recursos pecuniarios muy superiores á los nuestros; cuando otros generales de los mas acreditados temieron acometer aquella empresa en el estado de impotencia que ofrecian los medios del gobierno. Toda mi suerte dependia de precipitar la guerra y no dar tiempo de pertrecharse al enemigo; y esto entraba en mis cálculos de adelantarme á los franceses. Mas si el pue-

gar otras nuevas, se podría quizás decir que intentó Luciano hacer valer la pretendida primacía de su hermano; pero hacer lo mismo que yo hice, lejos de argüir tal imperio de la parte del primer cónsul, lo argüiria mejor del rey de España. Si á lo menos escribiendo historia, hubiera consultado Mr. Viennet, como debia, aquel tratado, habria leído en su preámbulo estas frases: «El primer cónsul de la » república francesa en nombre del pueblo francés, y S. A. R. » el príncipe regente de Portugal, deseando igualmente » restablecer las relaciones de comercio y amistad que subsistían entre los dos estados antes de la presente guerra, » resolvieron concluir un tratado de paz, *por mediacion de* » *S. M. Católica*, y á este efecto nombraron por plenipotenciarios, á saber: el primer cónsul al ciudadano Luciano » Bonaparte; y S. A. R. el príncipe regente del reino de » Portugal á S. E. el señor Cipriano Bibeiro Freire, etc.» He aquí pues á Bonaparte sujetando su voluntad á la mediacion de Cárlos IV.

blo de Portugal se hubiese alzado ó hubieran acudido los ingleses, ¡qué de esfuerzos superiores á los que estaban en mi mano, habria necesitado! ¡qué de riesgos no habria corrido! ¡y qué afrentas no me habria causado una derrota, en presencia de España atenta á aquel arrojo, y á la vista de los franceses á quien yo no habia esperado! Me habrian llamado entonces presuntuoso, temerario y muchas cosas mas, cuanto se habria querido; mis contrarios me habrian silbado. Si favoreció la suerte aquel empeño, si logré ahogar la guerra, si causó terror al enemigo nuestro valeroso ejército, y si acabé mi empresa felizmente, como lo habia intentado y calculado, no por eso fue menos digno de tenerse en cuenta tan siquiera mi arrojo por la pátria á los pe-

Todo lo demas del artículo desde la primer palabra, es un tejido espeso y ordinario de inexactitudes y de yerros, ni tan siquiera paliados. Mr. Viennet hizo un plagio á los autores de la obra intitulado, *Victorias, conquistas, desastres, etc., de los franceses* (tomo XIV desde la página 132 hasta la 144), y peor que plagio todavía, porque al intentar trasladar la sustancia y los yerros de aquel libro y copiando mal sus frases, desbarató el concepto de ellas, añadiendo solamente de su propio caletre necedades y absurdos. Por poco dinero que le hubiesen dado los que le encomendaron el artículo de *Badajoz*, le pagaron bien caro, porque artículos de una estofa tan falsa y tan grosera, desacreditan cualquier obra, mucho mas la de un Diccionario de la Conversacion donde todo debe ser exacto y bien pensado.

ligros á que me aventuraba y que pendian de acasos, muchos de ellos inminentes.

Ni en cuanto á ella misma, tal como fué emprendida, dirigida y acabada aquella guerra, merece ser tenida en poco, si se compara su buen éxito con los sucesos deplorables que otras veces habian tenido nuestras guerras con los portugueses. Sin hacer mencion de los desastres que sufrió Felipe IV en la guerra de la independenciam, sostenida por el Portugal contra España en una larga série de campañas sangrientas (1); sin contar los reveses que en la guerra de sucesion sufrió Felipe V, cuando los portugueses llegaron á Madrid triunfantes; por lo que es la justicia de la historia, y en razon del desprecio con que muchos han mirado la campaña de 1801, me detendré tan solo á compararla con la que fué hecha por el año de 62 en los dias del rey Cárlos III, y en la cual mandaron sucesivamente al marqués de Sarria, y el gran conde de Aranda tantas veces alabado en odio mio por algunos escritores. Estas dos guerras, emprendidas una y otra con un mismo objeto, y semejantes entre ellas por una multitud de circunstancias, fueron sin embargo muy distintas en cuanto al suceso de ellas, y merecen parangonarse; concluiré ya con esto.

(1) Desde 1640 hasta 1668, en que fué reconocida la independenciam de aquel reino.

El objeto de aquella guerra, de la misma suerte que en 1801, fué obligar al Portugal á apartarse de la Inglaterra, y á cerrarle sus puertos. Hizose aquella guerra por España, instada vivamente por el gabinete de Versalles, acabado de celebrarse el pacto de familia junto con la convencion secreta que le fué añadida contra la Inglaterra. Todo esto es semejante, ó por mejor decir idéntico. Hubo empero de aquel tiempo al nuestro una gran diferencia, y fué que el Portugal habia estado neutral é inofensivo enteramente con España y Francia. La guerra se fundó tan solo entonces en lo que fué llamado bien comun del continente de la Europa; quitar amigos á la Gran Bretaña, disminuir su comercio, y obligarla en los mares á la ley comun de las naciones. Pero en 1801 se añadia á este motivo que los portugueses, enemigos solapados de la España y enemigos descubiertos de la Francia, á entrambas dos potencias estaban siendo hostiles. Si en 1762 pudo ser mirada aquella guerra como justa, por tal debió tenerse mucho mas la que fué emprendida en 1801. Y si aquella guerra promovida por la Francia, no fué servicio, ni obediencia de parte de la España, la de 1801, en que, á mas del interés comun de quebrantar á la Inglaterra, tenia España que vengar agravios propios suyos, menos pudo todavía ser sindicada de obediencia y sujecion á la política francesa.

Semejantes en su impulso y en su objeto estas

dos guerras, fuéronlo tambien en la combinacion de las fuerzas españolas y francesas para haber de hacerlas. Hubo empero la diferencia de que en 1801 se adelantó la España á hacerla y acabarla con sus solas fuerzas, sin que el ejército francés llegase á tiempo de ayudarla, mientras que en 62 pelearon siempre juntos con suceso vario españoles y franceses.

Es tambien de notar que ambas guerras se parecieron en lo poco que duraron; la primera unos tres meses, la segunda diez y ocho dias tan solamente, y aun en esto la ventaja está de parte de la última, pues que acabar tan pronto, fué por haber vencido al enemigo y obligádole á cerrar sus puertos á la nacion británica, que en la otra no fué logrado ni se pudo.

He aquí otras diferencias todavía.

En 1762, el Portugal se hallaba enteramente desapercibido, olvidada la guerra y desusada hacia ya cuarenta años, descuidadas sus plazas, reducido el ejército á diez mil portugueses y á otros diez mil ingleses é irlandeses que vinieron á auxiliarlos. En 1801 el ejército de Portugal se hallaba en regla, recompuesto y organizado despues de cuatro años, con generales y oficiales amaestrados y aguerridos en la guerra de los Pirineos, con algunos cuerpos estrangeros, y con las milicias listas.

Por el año de 62 se hallaba nuestro erario rico y lleno como nunca lo habia estado, ni lo estuvo nunca en adelante. En 1801 nuestra hacienda esta-

ba exhausta, el crédito arruinado, las subsistencias por las nubes, y los granos escaseando en todas partes por la mala cosecha del año precedente.

La guerra de 62 fué alternada de reveses y desgracias; cuarenta mil soldados españoles y doce mil franceses alcanzaron apenas á tomar á Almeida y penetrar adentro algunas leguas, dando despues al traste en las montañas, con muy poco honor de las armas españolas y francesas. La guerra en 1801 fué una marcha triunfal nuestra sin ningun revés ni descalabro.

En la guerra de 62, faltó la disciplina en nuestro ejército, se maltrató el pais, se ejercieron violencias y rigores con el pueblo, y se alzó el paisanage. En 1801, la disciplina sin igual que observaron nuestras tropas, y la moderacion que fué guardada con los habitantes, nos valió su amistad, y no hubo guerra de paisanos.

En 62, juntamente con los contratiempos que sufrieron en Portugal nuestras armas, la Inglaterra nos asestó en los mares golpes descomunales, por la toma del galeon, por la conquista de la Habana, por los tesoros pecuniarios y las fuerzas navales de que se apoderó en aquella plaza, por la invasion y la conquista de las islas Filipinas, por su incursion en fin y sus rapiñas en la bahía de Honduras. En 1801, no tan solo no sufrimos quiebra alguna en los dominios de las Indias, ni se atrevieron los ingleses á tocarlos, sino que en los mares fuimos di-

chosos como nunca, arrojándolos por aquel tiempo de las costas del mar pacífico con ventajas señaladas; venciéndoles tambien en union con los franceses en el combate de Algeciras, donde el almirante Saumarez perdió el *Anibal* y tuvo tres navíos desarbolados (1).

En 62, España y Francia, lejos de imponer al Portugal sus voluntades, recibieron la paz de la Inglaterra, como ésta quiso proponerla, sacando airoso á su aliado. En 1801 el Portugal bajó la cabeza, y nos pidió las paces bajo las condiciones que yo le impuse por España.

En 62, Almeida y algunos otros pueblos fronterizos conquistados á los Portugueses, fuimos obligados á volverlos. En 1801, dueños del Alentejo, les volvimos lo que quisimos generosamente, y nos guardamos á Olivenza para siempre.

En fin el rey Luis XV, pariente tan cercano del monarca español, reinaba en Francia cuando aquella guerra, sin tener España que guardarse de peligros de ambicion ó imperio de parte de aquel príncipe; en 1801 era un extraño, tan ambicioso como fuerte, el que mandaba en Francia, y este peligro mas fué vencido y apartado.

Yo no pretendo gloria, ni alabanza de estas cosas; todas las ilusiones de este mundo, unas despues

(1) En 6 de julio de 1801.

de otras, han pasado delante de mis ojos : quédame una realidad tan solo, que es el dulce testimonio indeleble de mi propia conciencia que llegará conmigo hasta la tumba y me sostiene en mis desgracias y trabajos, el testimonio grato de que cuanto pude, cuanto dieron de sí los tiempos espantosos en que tuve el mando, cuanto alcanzó á inspirarme mi lealtad á la pátria y mi amor á mis reyes, otro tanto cumplí ó procuré cumplirlo. Nó; lo digo otra vez, no busco gloria y alabanza por nada de este mundo que pudiese ser digno de alabarse; pero sí tengo en alto grado sed y hambre de justicia, y refiriendo estos sucesos tan menudamente, he buscado que haya algunos que no nieguen á mis ansias aquel voto de justicia que reclamo en esta obra cercano ya á apagarme para siempre... ¡Ah! si en 1806, y aun en 1807 y 8, me hubiera yo encontrado en igualdad de circunstancias, dueño de obrar como hubiese yo querido como obraba yo y podia obrar en 1801, sin las traiciones del partido que se anidó despues en el palacio, Cárlos IV menos tímido y balotado por los unos y los otros, y España menos engañada, cómo ¡habria yo salvado en tiempo los peligros de mi pátria!... ¡qué diferentes habrian sido los juicios de los hombres!

CAPITULO VII.

Partida de los infantes don Luis y doña María Luisa para Italia.—Su paso por Paris.—Fiestas que les fueron dadas.—Ideas y motivos que dirigian la conducta de Bonaparte.—Inauguración pacífica de los infantes en el trono de Toscana.

Hecha ya y ratificada la paz de Luneville, consentida y declarada por aquel tratado la adquisición de la Toscana para el príncipe de Parma, celebrado con el mismo objeto el de Madrid que en 21 de marzo firmé yo con Luciano Bonaparte, y domadas enteramente por las armas francesas las insurrecciones parciales que habian movido los ingleses en algunos puntos del ducado, llegó la hora de partir nuestro infante en los bellos dias de mayo, y tomar posesion de su corona. Aunque su paso por la Francia fué *de incógnito* bajo el título de conde de Liorna, en toda su carrera hasta París hallaron galanteo y esmeradas cortesánias de los agentes del gobierno: en París se rompió el dique al agasajo y al obsequio. Para ver estas cosas y tomarlas en su verdadero punto óptico, es necesario colocarse en 801, no en 808. Borbones son, y son ramas del antiguo tronco decaido y mutilado los que atraviesan por la Francia, á quien se preparan fiestas, y en favor de los cuales se ha

levantado un trono, á propuesta y aun á ruegos del nuevo gefe de esa misma Francia, sin que nadie lo contradiga en toda la extension de la república. Vendrá un dia en que aquel gefe, acrecido por los sucesos de sus armas y por la postracion de los Franceses delante de sus triunfos y sus glorias, se hará un juego de erigir nuevos tronos, de improvisar coronas y repartir dictados soberanos de su sola gracia; pero la posesion de la Toscana por la dinastía española no se ha adquirido de este modo en 801. España ha vuelto á su derecho antiguo al gran ducado de Toscana para los hijos de su casa: esta vuelta se le ha propuesto, no la ha rogado, mas la acepta, no á un título precario, sino en cambio de otros estados que antes lo fueron de la Francia su aliada. Todo es legal, y todo se ha afirmado por convenios y tratados semejantes á los que fundaron otras veces los derechos de la España en varios puntos de la Italia. En esta nueva adquisicion no hubo nada de gratuito de la una parte ó de la otra, salvo el estudio y el esmero y los esfuerzos extremados del primer magistrado de la Francia por complacer al soberano de la España en el cortejo de sus hijos. El 3 de junio el primer cónsul, que se hallaba en Malmaison, vino á París á visitarlos en toda ceremonia, los llevó á la parada, los trató como á reyes y les dió en las Tullerías un gran banquete (1). Los ministros

(1) Los infantes se habian aposentado en el palacio del embajador de España.

los obsequiaron cada cual á su turno. El de relaciones exteriores, M. de Talleyrand, les dispuso en Neuilly una fiesta suntuosa. Los Jardines fueron adornados con soberbias decoraciones de pensamientos varios, alusivos todos al intento. Una de ellas representaba la gran plaza de Florencia, el palacio Pitti con sus dos magníficas fachadas, y la entrada de los nuevos príncipes. Una multitud de transparentes repartidos en vistosas galerías, ofrecían emblemas, repetidos de mil modos, de la amistad y la alianza que unia las dos naciones. Descollaban de trecho en trecho bustos y estatuas de los grandes hombres de la España, y en un gran fondo resplandeciente, cuajado todo en rededor de estrellas y luceros, veíanse las imágenes de España, Italia y Francia asidas de las manos sobre trofeos de guerra y en medio de blasones de las ciencias y las artes. Los colores de las tres naciones estaban repartidos en festones y en zonas luminosas, todo esto en movimiento y formando celages nuevos á cada instante. Los nombres de los reyes de España y de sus hijos se ostentaban en hermosas laureolas: los fuegos de artificio presentaron variedad de cuadros alusivos á las glorias de la España y de la Francia. Hubo gran concierto, baile y cena en cinco salas, renovada tres veces.

El ministro de lo interior dió á aquellos nuevos reyes otra fiesta no menos suntuosa y variada. Toda la magia de la grande ópera francesa, en canto,

en baile y en adornos se ostentó aquella noche. Entre los rasgos y alusiones que ofrecieron las escenas del riquísimo espectáculo, uno de ellos fué el descenso de una hada que llegando hasta el asiento del infante le ofreció un ramillete: al recibirle aquel, se volvió el ramillete una corona. Rompió entonces un himno de congratulaciones y alabanzas. La letra de aquel himno y otras varias composiciones fueron repartidas al inmenso gentío de convidados que llenaba la galería del ministerio, y hasta en el severo Monitor se hizo despues una gran gala de imprimir las y darlas á la Francia. Hubo cena en treinta mesas; duró el festin hasta la madrugada.

El ministro de la guerra, el dia 14, hizo unir su festejo á los infantes con el aniversario de Marengo. El lujo de esta fiesta pareció eclipsar las anteriores y se podia dudar quien llevaba la mejor parte en aquella celebridad, si la España ó la Francia. En aquellas tres funciones verdaderamente régias, hubo una semejanza de las grandes fiestas en Versalles en los dias de Luís XIV.

De este género de obsequios recibian nuevos rasgos los infantes donde quiera que eran llevados á visitar los monumentos de la capital de los franceses: les hacian compañía las primeras ilustraciones del estado, y un ministro por lo menos, y M. Chaptal que no faltaba nunca á estos paseos, les hacia los honores. En la Casa de la Moneda, presentes los infantes, se acuñó una medalla de labor exquisita:•

representaba esta medalla por un lado el genio de la Francia que ofrecia una flor con este mote: *A María Luisa Josefa, 21 de prairial, año IX*. El reverso contenia un emblema, donde mezcladas unas fascas, una balanza, un cadúceo, una espada y una banda de flores, lo coronaba todo un libro abierto en el que estaba escrito: *Código toscano*. Cuando fué al instituto nuestro infante, hubo sesion solemne; leyéronse memorias preparadas para aquel acto, llenas de lisonjas para España. El astrónomo Lalande le arengó en nombre de los sábios de aquel cuerpo; entrególe ademas una memoria suya donde estaba rectificada la longitud de la ciudad de los Médicis. El conservatorio músico se esmeró en dar á los infantes un magnífico concierto. En los teatros se cuidaba, cuando iban, de dar asuntos españoles: en el francés les dieron las piezas de Moliere y de Corneille que imitaron estos de los nuestros: cuando visitaron el Museo de Louvre encontraron sus retratos allí puestos. En Versalles y en las demas antiguas residencias reales encontraron obsequios y lisonjas como si reinasen todavía sus augustos ascendientes.

A estas públicas demostraciones se añadieron en Malmaison otras varias con menos aparato, pero mucho mas íntimas y mucho mas significantes. La amable Josefina desplegó por entero su carácter con la infanta María Luisa; de sus manos y las del primer cónsul recibieron los dos esposos regalos estimables:

entre otras cosas lisonjeras que allí vieron, una de ellas fué un cuadro donde estaban reunidos todos los retratos de la familia real de España. Dia por dia, hasta tanto que partieron en 1.º de julio, fueron constantes los obsequios y las muestras de amistad y deferencia con la casa de España.

Se podrá preguntar cuál pudo ser en todo esto la intencion y la política de Bonaparte. Ciertamente fueron muchas sus ideas, parte de las cuales, los que han hablado de estas cosas, las han interpretado cada cual á su manera. Los unos han escrito que Bonaparte quiso hacer alarde á la vista de la Europa del partido inmenso y poderoso que tenia en la Francia, paseando con este objeto y festejando en medio de ella dos Borbones, sin temer que reviviesen las antiguas simpatías de los pueblos con la familia derribada, y que en sus miras ulteriores de ponerse la corona de la Francia, quiso observar al propio tiempo si aquellas pompas reales las verian los franceses sin escándalo y con gusto. Otros han dicho que intentó aumentar en su favor el entusiasmo de la Francia, ostentando á la cabeza de ella, dar coronas y quitarlas como los cónsules romanos (1): otros, que se propuso especialmente deslum-

(1) En Francia y en todas partes se ignoraban todavía los tratados de San Ildefonso y de Madrid, en virtud de los cuales la adquisicion de la Toscana para el príncipe de Parma era el precio de la retrocesion, hecha por nosotros á la Francia, de la Luisiana. Este secreto se guardaba todavía por no alarmar á la Inglaterra.

brar á la España y adquirirse su entera confianza, para llevar mejor á efecto sus designios en la guerra de Portugal y lograr establecer en la Península la misma autoridad y predominio que gozaba en tantos otros puntos de la Europa. Todas estas cosas que se han dicho entraban, sin poder dudarse, en su política; pero hay una todavía, que son pocos los que la han sabido, y me valió despues su irritacion y enemistad en alto grado. La contaré sencillamente.

Hecha la paz entre Francia y Portugal en 29 de setiembre, cerca ya de partir para París Luciano Bonaparte, y llegada la noticia de los preliminares de la paz con Inglaterra, una noche, en mi cuarto, él y yo, los dos solos, hablando extensamente de aquella grande crisis que ofrecia la Europa, calculando los datos, ya favorables ó ya adversos, que podrian hacer estable ó destruir aquella paz tan deseada, haciendo una revista de la política especial y del carácter de cada gabinete, y llegando al de Nápoles: «He aquí, dijo Luciano, un elemento siempre listo para la discordia, á la verdad de poca fuerza, mas no del todo despreciable por el influjo y el poder que tendrá siempre la Inglaterra sobre aquel gobierno. Mientras á esta le conviniere, se podrá contar con la accesion de Nápoles, forzada, no sincera, al sistema pacífico; pero si por desgracia no se llega á una paz definitiva con la nacion inglesa, ó dado el caso que se haga, se volviese á romper á poco tiempo de entablada, como para mí

» es cosa cierta, Nápoles, crealo V., volverá á las
» andadas: su amistad con la Francia no será nunca
» verdadera mientras gobierne allí en lugar del rey
» la archiduquesa Carolina.» — «Cárlos IV, repuse
» yo, se desvive en buscar modo de estrechar las re-
» laciones de amistad entre su córte y la de Nápoles
» para hacer entrar á esta en su política. Uno de los
» medios á que S. M. se inclina mucho, es concertar
» un doble enlace entre las dos familias, casando al
» príncipe de Asturias con alguna de las hijas de su
» hermano, y á la infanta María Isabel con el prin-
» cipe Leopoldo. Tal vez y así al propio tiempo de
» tratarse estas bodas, se podrá conseguir del rey
» Fernando que se agregue á la alianza de la España
» y la Toscana con la Francia.» — «Tiempo perdido,
» replicó Luciano, V. sabe que aun reinando en Fran-
» cia los Borbones, se resistió á acceder al pacto de
» familia, y V. sabe cuán indócil se mostró á su pro-
» pio padre en asuntos muy graves que interesaban
» á ambos reinos. Despues de esto, aun suponiendo
» se prestase á entrar en la alianza, ¿piensa V. que
» al primer caso que pudiera ofrecerse de un nuevo
» rompimiento del Austria ó la Inglaterra con la
» Francia, no le haria faltar la reina á sus empeños?
» Disuada V. al rey de celebrar esos enlaces que no
» harian sino traerle compromisos y pesares; nó, la
» reina de Nápoles no conoce amor de hijos, ni
» de esposo, ni de súbditos en tratándose de guerra
» con la Francia, y desgraciadamente su voluntad

» es siempre la del rey Fernando. ¡Cuánto mejor se-
» ría mantenerse en reserva con esa córte incorregi-
» ble, y á la primer perfidia que cometa, conquistar
» aquel reino para España, poner allí un virey como
» otras veces ó coronar mas bien si se quisiere otro
» infante de Castilla! Yo estoy cierto de que mi her-
» mano se prestaria gustoso á esta medida de política
» que le quitaria un enemigo á sus espaldas. Créa-
» me V., conviene tomar tiempo y esperar los sucesos
» que cada vez serán mas grandes; esa infanta que
» aun le queda á España sin destino, podia sobrepu-
» jar á sus hermanas en brillo y en fortuna.»

De aquí con la sagacidad y la delicadeza que Luciano Bonaparte sabe hacer entrar en sus razones y discursos, y afirmándome que me hablaba tan solo como amigo, puesto que su mision estaba ya acabada, se extendió á hablarme largamente sobre las varias fases que la revolucion francesa habia ofrecido al mundo; sobre los extravíos y los desastres inauditos que habian acarreado durante nueve años las ambiciones populares; sobre la entera vuelta de la Francia á los principios saludables, que su hermano habia logrado con el prestigio de su gloria y la fuerza de su carácter; sobre el alto grado de poder á donde la habia alzado sacada casi del abismo; sobre la union de sus destinos con los destinos de la Francia; sobre la entera devocion y confianza con que ésta le habia puesto á su cabeza; sobre los inmensos deberes que le imponia esta confianza; sobre los sa-